

Este texto aborda el tema de la infancia y los usos sociales de niños y niñas: como engranaje de reproducción social, como fuerza de trabajo, como descarga de tensiones adultas, como espectáculo, como consumidores y como mercancía. Ante lo expuesto, propone desinstitucionalizar la niñez y trabajar con ella, atentos a la palabra y la acción de los más pequeños.

CONTRA LOS USOS SOCIALES DE LA NIÑEZ

"Castigad a vuestro hijo en sus primeros años y os consolará en vuestra vejez y será el adorno de vuestra alma. No ahorréis la corrección a vuestros hijos, pues la vara no los matará, sino que les hará bien; cuando golpeáis su cuerpo libráis su alma... Si amáis a vuestro hijo castigadle a menudo para que pueda después alegrar vuestro espíritu. Castigadle en su juventud y cuando sea un hombre será vuestro consuelo... Educad a vuestro hijo en el temor y hallaréis en él paz y bendición"

Domostroi, citado por Patrick P. Dunn,
Historia de la infancia.

"La historia de la infancia - afirma Lloyd Demause, compilador de esa obra -, es una pesadilla de la que hemos empezado a despertar hace muy poco. Cuando más se retrocede en el pasado, más bajo es el nivel de la puericultura y más expuestos están los niños a la muerte violenta, el abandono, los golpes, el terror y los abusos sexuales."

La pesadilla continúa en nuestros países latinoamericanos, y, entre ajustes estructurales, deudas externas y retóricas baratas, se viene acentuando en un territorio que por desgracia no es el de los sueños sino el de la vida misma. Nunca terminamos de avanzar lo suficiente en el cuidado de la niñez y en los últimos años no hemos cesado de retroceder. El saneamiento de las economías es una cuestión técnica, los seres humanos cuentan solo como apéndices, a menudo molestos, de las implacables soluciones. Las promesas no faltan: el sacrificio de ahora significará el paraíso terrenal de mañana. Pero quienes cuentan son los miserables, los desnutridos, los muertos de hoy y no esos futuros mundos de bonanza a los que nunca tendrán acceso.

La historia de la infancia es la historia de los usos sociales de los niños. En nuestros países ella es historia y presente, en una continuidad brutal. Si

queremos salir de la pesadilla, al menos en el plano de la toma de conciencia, se hace necesario reconocer tales usos sociales.

Usar es servirse de algo, reducir la riqueza de un ser al papel de simple instrumento. El autor del Domostroi es por demás explícito: el hijo será consuelo, adorno del alma en la vejez. Ha nacido para eso y sólo los golpes lo orientarán hacia tan noble cometido. Cuando alguien es así concebido se lo ve como un útil, para nada cuentan sus sentimientos, sus percepciones, sus esperanzas.

Y no sólo como un útil, se lo ve desde las proyecciones de los adultos que a su vez fueron vistos de la misma manera. Esa mirada enajenante (en la medida en que no ve más allá de la superficie, que determina cómo es el otro) ha mantenido su imperturbable presencia a lo largo de siglos y continúa en la actualidad.

El libro de de Mause muestra una terrible ausencia del niño en el registro de la vida a lo largo de la historia. Pero siempre hubo niños, lo cual nos lleva a reconocer una terrible indiferencia por los mismos, una percepción adulta incapaz de ponerse en su lugar. La historia de la niñez es la historia de un interlocutor ausente, de una palabra no dicha, del más terrible de los silencios.

Poco han cambiado hoy las cosas, a pesar de décadas de reflexiones desde la filosofía, la psicología, la pedagogía; las relaciones cotidianas continúan reflejando el radical desconocimiento del mundo infantil por parte de los adultos. Será necesario preguntarse por ese desconocimiento. Una de sus raíces más profundas está en los usos sociales de la niñez característicos de una antigua y actual tarea de disponer de vidas ajenas.

Reconocemos seis usos sociales de los niños:

- Como engranaje de reproducción social.
- Como fuerza de trabajo.
- Como descarga de las tensiones de los adultos.
- Como espectáculo.
- Como consumidor.
- Como mercancía.

Cada uno supone violencia, sea sutil o abierta. En tanto subsisten, la violencia atraviesa de parte a parte nuestras sociedades, constituye su trama íntima aun cuando nos hayamos habituado a convivir con ella.

Engranaje de reproducción social

La niñez aparece en este uso como algo transitorio, sólo el futuro cuenta, sólo el lugar previsto por la sociedad. Como ella necesita

continuar, vienen al mundo seres destinados a ocupar el sitio de otros, a engrandecer patrias, a ampliar el progreso de la humanidad. Pura retórica esto, ¿quién lo duda? Cuando yo era niño había consignas orientadas a poblar nuestras tierras, ahora todo apunta a despoblarlas, campañas de control de la natalidad, hambrunas masivas mediante. Hemos oído en guerras recientes incitaciones a las madres para traer más hijos al mundo, con el fin de ocupar los puestos de los caídos en el frente. Hemos conocido propuestas de reorientación de planes de estudios, porque faltan técnicos.

La sociedad necesita brazos, consumidores, técnicos, profesionales, enfermeras, maestros... Y no admite más bocas sin alimentos. La reproducción social tiene sus vaivenes: si alcanzas a entrar en el cada vez más estrecho reparto de beneficios te abrirán el camino hacia alguna cuota de certidumbre. Si no, pasarás a rodar por el espacio de los sin futuro, y nadie se ocupará de ti. En uno y otro caso no habrá lugar para el presente, todo se hará en función de un mañana determinado por el mundo adulto.

Fuerza de trabajo

Un niño es débil, quién lo duda. Nace indefenso, requiere de un largo tiempo para aprender los más elementales recursos de supervivencia, está a merced del mundo adulto, para bien o para mal. La debilidad lo acompaña durante años, es su lado más vulnerable, su llaga abierta a la incertidumbre.

Cuando una sociedad condena a la mayoría de sus niños a una acentuación de la debilidad, cuando no ofrece recursos mínimos para cobijar a esos seres, estamos ante una sociedad indigna. Hay muchas maneras de ensañarse con quien no puede ofrecer la suficiente resistencia, con quien está radicalmente (es decir, de raíz) en manos de los demás. Una de ellas es la de obligar a esa debilidad a convertirse en fuerza de trabajo.

No nos engañemos. La explicación no pasa por la perversión de padres capaces de enviar a sus pequeños al mercado para vender sus primeras fuerzas. Lo perverso es una estructura social capaz de arrojar a grandes, inmensas mayorías a los brazos huesudos de la miseria. El trabajo infantil es efecto de una causa profunda, y no del capricho de los mayores.

¿Datos? Las cifras a nadie le mueven un pelo. En mi país miles de niños han sido arrojados a las calles para inventar sistemas de supervivencia. América Latina es ya una sola gracias a la pobreza crónica. He visto niños vendedores, payasos, contorsionistas, cargadores, limpiabotas, cosechadores, tragafuegos; he visto niños

mendigos, deformes y deformados; niños limpiavidrios, lavacoches, jardineros, albañiles, escarba basuras... A todo se habitúan los buenos ciudadanos. Si el mayor escándalo es acostumbrarse al escándalo, es este escándalo el mayor de todos.

Las palabras suenan como latigazos de ironía: el lado más débil de la sociedad convertido en fuerza.

Descarga de tensiones

La niñez es el flanco más vulnerable de cualquier agrupamiento humano. Y lo es no sólo por esa manera de echarle encima cuanto recorte presupuestario viene gracias a los magos de las finanzas internacionales, sino también por el trato cotidiano. En una coyuntura histórica en la que la supervivencia se vuelve ley, en la que la competencia condena a cualquiera a una crónica inestabilidad, las tensiones de los adultos causan estragos en las relaciones inmediatas. Y en estas últimas hay siempre niños.

Brutal paradoja: el niño como lo más cercano, inmediato, y a la vez lo más lejano. Cercano para ejercer violencia sobre él, para descargar una agresividad sin límites, a cuenta de las humillaciones y las tensiones diarias; para forzarlo a refrenar sus impulsos vitales, su alegría, su motricidad, su curiosidad. Cercano para descargar una violencia si no física, simbólica, destinada a cerrar caminos a la construcción de la propia personalidad, a la creatividad. Y lejano por la incomprensión, por el desconocimiento de sus más elementales características, por las miserables cuotas de tiempo dedicadas a apoyarlo, a jugar, a dialogar con él.

En este juego de tensiones, el vencido es siempre el niño, la diferencia de fuerzas es demasiado grande, el poder viene desde lo alto, desde la implacable estatura adulta.

Muchos de nuestros pequeños son forzados a convertirse en el basurero de las descargas de tensiones adultas, basurero físico y psicológico.

Espectáculo

Payasos, contorsionistas, tragafuegos, cantantes, cuenta chistes, bailarines, los niños de la calle son parte de un triste show repetido en la inmensa mayoría de nuestras grandes ciudades. Pero el uso en el espectáculo va más allá: la pornografía infantil, los programas televisivos donde las productoras se ahorran dinero haciendo actuar a los pequeños en torpes caricaturas, en un infantilismo atroz; la publicidad con los chicos como proclamadores de mercancías; los hacedores de noticias, con el placer morboso de mostrarnos a los

niños de la guerra, de las pestes, de las hambrunas; los políticos, que nunca han olvidado la lección de Cicerón, cuando ganó un juicio llorando con un chico en brazos.

En esta sociedad enferma de espectáculo el niño tiene reservados papeles muy variados, casi todos denigrantes, humillantes, verdaderos insultos a su capacidad y su creatividad.

Consumidor

La ideología del mercado total ha ganado la batalla en estos últimos años del siglo. "Eres si consumes" es la máxima. Más aun: eres lo que consumes. Y en función de eso se descubrió hace décadas al niño como consumidor. El mercado produce para todos los estratos sociales, desde las muñecas mal hechas de plástico hasta los mazingers y los juguetes electrónicos.

Existe a escala planetaria una gigantesca línea de mercadotecnia dirigida a los niños y a quienes pueden comprar para ellos. Y aquí no valen sutilezas: se trata de vender, de persuadir a cualquier precio. Así, son groseramente manipulados sentimientos, símbolos, rostros, tradiciones, relaciones íntimas; todo vale. El más sucio, en toda esta suciedad, es el mercado de alimentos, con las promesas de energías, cuerpos saludables, desarrollos perfectos, cuando en la mayoría de los casos son vendidos productos saborizados a base de manejos químicos.

Mercancía

Y en este mercado total los niños son vendidos y comprados. Repugna referirse a un tráfico de seres digno de los peores momentos de la esclavitud. Las denuncias sobre pequeños robados, sacados de países, asesinados para la utilización de sus órganos, se multiplican, pero no por eso el mercado deja de crecer.

Apropiación definitiva, uso de usos éste, el más atroz de una pesadilla demasiado real.

El otro

Estas seis maneras de convertir a seres en instrumentos están dentro de una vieja problemática nunca resuelta: la relación con el otro. En torno de ella giran propuestas jurídicas, filosóficas, psicoanalíticas, educativas. Cada ser humano vive, como afirma Bertrand Russell, en un océano de incertidumbre y el otro, los otros, aparecen en ese horizonte como una posibilidad de comunicación y apoyo o de agresión y muerte.

El otro para un niño es el adulto. El otro, entonces, como abrigo, cariño, diálogo, comprensión, juego; o bien como amenaza, agresión, violencia, muerte. Y entre ambos extremos todos los matices: el niño como consuelo (el seguro de la vejez, como lo muestra el ejemplo del Domostroi), como justificación, sentido de la propia existencia, como compañía.

Esa relación con el otro constituye de manera definitiva nuestro ser. Podremos quedar sometidos o bien luchar para modificar su influencia, pero siempre giraremos en torno de ella.

Como las cifras mandan, es el otro amenazante quien se enseñorea en nuestros países, sea a través de la violencia directa o de la más sutil, la que determina a ésta mediante el empobrecimiento de las grandes mayorías de la población. El mundo adulto no soluciona el drama de la niñez, lo agudiza.

Sin embargo, existen las justificaciones. No cualquiera asume un rol tan desdichado sin improvisar algún lavado de conciencia. No seamos duros en la afirmación, hay de todo en estos caminos de Dios y del diablo: frente al uso descarado, se cuentan intentos, muchos de ellos a contracorriente, de transformar tanto horror.

Pero a lo que uno asiste a menudo es a una institucionalización de la niñez. Se habla, se trabaja para ella, mas sin ella. Para el otro, para el adulto, el niño es casi siempre un interlocutor ausente.

Estamos pues, en presencia de un emisor privilegiado que ni siquiera habla para ese interlocutor ausente, sino para otros adultos. Terrible monólogo, empeñado en decidir sobre vidas ajenas, aun con la mejor de las intenciones. Tú no hagas nada, parece ser la consigna, todo lo haremos por ti. Y así se pierden, despilfarran, inmensas energías.

El interlocutor presente

Ya que el mundo adulto no ha podido solucionar el drama de la niñez, es hora de ofrecer a ésta oportunidades para participar en la tarea. Nuestra propuesta es sencilla, y no pretende descubrir nada nuevo: *desinstitucionalizar la niñez*, trabajar con ella, abrir márgenes a la palabra y la acción de los pequeños. No inventamos nada porque hay ricas experiencias en nuestra América Latina, como la del Instituto Indígena Santiago en Guatemala, de la cual hablaremos más adelante.

Los niños son capaces de reflexionar, de organizarse y de participar en la solución de sus problemas. Si no lo hacen es por los usos sociales, por el intento de mantenerlos en el reino del infantilismo, por el temor a tanta vida, a tanta creatividad posible.

No se trata de enseñar ni de insistir en actitudes de caridad y de asistencialismo; se trata de abrir espacios para el aprendizaje y el interaprendizaje. Este último concepto fue formulado por don Simón Rodríguez hacia 1830: "venimos al mundo a entreayudarnos y a entreaprendernos". No es con interlocutores ausentes como se logra algo así, sino con la confianza en las capacidades de los niños, con la ruptura de moldes pedagogistas, con la apropiación de individuos y grupos de su proceso de preparación para enfrentar esta cada vez más difícil vida.

Hay una primera tarea en nuestro tiempo: educarse para vivir en la incertidumbre. Retomo un texto escrito con Francisco Gutiérrez, *Sentido y sinsentido en educación*:

"Nadie nos educa para vivir en la incertidumbre, sólo la vida se encarga de ello, ¡y a qué precio! En manos de la mayoría de las instituciones sociales la lucha contra la incertidumbre se convierte en el esfuerzo de lograr la ilusión de certidumbre, sea a través de sistemas pedagógicos condicionados y condicionantes, de salidas políticas mágicas, de propuestas "utópicas" a la medida de los sueños... El resultado es una negación sistemática de la incertidumbre, cuando nadie escapa a ella."

En una sociedad como la actual, educarse para la incertidumbre significa:

- Educarse para interrogar en forma permanente la realidad de cada día y, por lo tanto, no enseñar ni inculcar respuestas. No se trata de una pedagogía de la respuesta sino de una pedagogía de la pregunta, como dice Freire.
- Educarse para localizar, reconocer, procesar y utilizar información.
- Educarse para resolver problemas.
- Educarse para saber reconocer propuestas mágicas de certidumbre, para desmitificarlas y resignificarlas.

Todo esto a través de las posibilidades de cada grupo de niños y dentro del respeto por las características específicas. "Ninguna actividad creadora con niños puede pensarse en un ámbito de tristeza, escribimos con Carlos Cortés. De hecho, la alegría espontánea es la mejor manifestación de su salud y capacidad de comunicación y encuentro con otros... De ahí que se rescate toda actividad lúdica, que convierta el juego en una posibilidad creadora y de expresión" (*El interlocutor ausente*).

Hablamos entonces de una ampliación del aprendizaje para llegar más profundamente a la comprensión y al enfrentamiento de la propia realidad. No sólo aprendizaje referencial (ligado al conocimiento de temas), sino también aprendizaje en y para el goce, en y para los juegos verbales y visuales. Todo ello dentro de un enriquecimiento de los recursos expresivos.

La capacidad expresiva es una conquista del género humano y de cada individuo en particular. A nadie se la regala graciosamente la escuela o la sociedad. Los procesos de empobrecimiento van ligados a una negación de los recursos expresivos, salvo aquéllos necesarios para aparecer en el mundo del espectáculo callejero o de los medios de difusión.

No es sencillo crear espacios para el aprendizaje y el interaprendizaje. El peso de las instituciones es demasiado grande y las experiencias se abren paso lentamente, porque siempre es mayor la presencia de versiones estereotipadas de la niñez, que permiten resolver situaciones de manera vertical y autoritaria con el argumento del "bien" del niño. No se puede confiar en quien no se cree y para creer en alguien es preciso concebirlo de manera distinta, no a través de la percepción propia de los usos sociales denunciados más arriba.

Los derechos

Nuestra propuesta se enmarca en uno de los derechos fundamentales proclamado en la convención, el de participación. Por desgracia se habla poco de él en los programas internacionales, pareciera que la tendencia es a trabajar, como siempre, para el niño pero sin el niño.

En 1987 hicimos con un grupo de amigos ecuatorianos (José Laso, Consuelo Carranza Gándara, Diego Pólit, Heriberto Basurto, Jaime Peña, Doris Wheatley, Gladys Romoleroux y José Elías Cárdenas) una reflexión sobre los derechos del niño y ampliamos un tanto el marco de los propuestos por las Naciones Unidas. Retomo aquí parte de aquel documento.

Derecho a la expresión

Para enfrentar la represión a sus distintas capacidades expresivas
Para defender la espontaneidad en las palabras, en los gestos, en los movimientos, en la risa, en la mirada
Para aprender a amar su cuerpo
Para comunicarse libremente con los demás
Para compartir sin barreras sus experiencias y vivencias
Para vivir y gozar las posibilidades de los diferentes lenguajes
Para jugar con la palabra y con el propio cuerpo
Para defenderse ante los discursos domesticados y domesticadores
Para permitir que los demás se expresen

Para defender su derecho al conocimiento
Para defender su derecho a la imaginación
Para ejercer su derecho a discrepar
Para hacer cultura
Para crecer

Derecho a discrepar

Para enfrentar las formas equivocadas de autoridad, esto es, el autoritarismo
Para no resignarse a la pasividad
Para apoyar sus decisiones en razones
Para defender su derecho al conocimiento
Para defender su derecho a la imaginación
Para encontrar su propia verdad
Para no habituarse a la injusticia social
Para reafirmar sus derechos
Para crecer

Derecho a ser escuchado, al diálogo y la respuesta

Para lograr una adecuada socialización y no ser forzado a una adaptación pasiva
Para reflexionar sobre sus necesidades y derechos
Para construir relaciones de solidaridad
Para satisfacer y alimentar su curiosidad
Para defender sus inquietudes y sus sueños
Para comprender, compartir y responder al dolor y la alegría ajenas
Para crear, para hacer cultura
Para comprender la necesidad de organización permanente como parte de su vida cotidiana
Para crecer

Derecho a la imaginación y la belleza

Para no renunciar a la utopía (cómo debe ser su vida)
Para pensar y trabajar por su futuro
Para descubrir la belleza en la vida cotidiana
Para enfrentar las ideologías de la violencia y de la muerte
Para descubrir la belleza y respetar la creatividad de sus semejantes
Para proponer otra forma de hacer las cosas
Para romper la pasividad ante el conocimiento impuesto
Para enriquecer su percepción
Para cultivar sus propias fantasías
Para crecer

Derecho a la alegría

Porque en ella se manifiestan su salud, su seguridad, su equilibrio, su ser
Porque es su más hermosa fuente de comunicación y encuentro

Porque es la medida de que se están respetando sus derechos
Porque es el mejor alimento para entretejer el futuro
Porque ningún presente y ningún futuro se construyen con tristeza
Porque la injusticia social es el constante enemigo de la alegría
Porque la alegría es el espacio más bello para aprender a ser libres
Porque no hay desarrollo integral sin alegría
Porque la alegría es el espacio de su crecimiento

Estos derechos, entre otros que conforman aquel documento, guían para nosotros, y para muchas organizaciones en América Latina, el trabajo con los niños. Muestran una concepción alternativa de la niñez, basada en el intento de desinstitucionalizar la relación con ella, a fin de dejar la iniciativa a esos seres a cuyas vidas los adultos no han aportado mayores soluciones.

Experiencias

¿Cómo se concretan esos derechos en la práctica? En 1990 acompañamos con Francisco Gutiérrez un proceso de autodiagnóstico del Instituto Indígena Santiago, en Guatemala. Se trata de un establecimiento educativo de enseñanza media en el que se articulan la educación formal, la producción y la organización como una forma de prepararse para enfrentar las difíciles condiciones de vida del campesinado de ese país.

Los estudiantes han constituido una verdadera organización indígena autogestionaria; se autogobiernan y nombran sus representantes mediante elecciones; trabajan a través de comisiones (de educación, de cultura, de salud, de limpieza, de producción, entre otras), conviven y crean en un clima de solidaridad y de amor.

Para nosotros, como acompañantes de una reflexión orientada a profundizar en esa práctica de libertad, la experiencia fue literalmente extraordinaria: comprobamos hasta dónde se puede avanzar cuando se tiene confianza en los otros, cuando se permite a cada quien expresar sus emociones, sus experiencias, sus conocimientos; cuando la participación es real en todas y cada una de las instancias de estudio y de trabajo.

Escribimos entonces, en las conclusiones y recomendaciones del documento de autodiagnóstico:

"No es lícito predicar la libertad con métodos autoritarios. No es lícito ordenarle a alguien ser libre. El autoritarismo, difundido abierta o sutilmente en todo tejido social (de cualquier sociedad) no tiene por qué desaparecer en procesos educativos orientados a la libertad. Pero un centro educativo basado en la autogestión de los estudiantes, en la corresponsabilidad, nos lleva a reconocer que la libertad funciona...

Dejamos constancia de nuestra experiencia en un proceso en el que la libertad funciona, en el que existe una corresponsabilidad general, en el que el interaprendizaje es una realidad. La educación así vivida es un acto de libertad y también es un acto de amor. Ninguna actitud romántica en estas afirmaciones. No hay educación alternativa posible sin libertad y amor."

En San Pablo, Brasil, la experiencia "Educación por el trabajo, el niño de la calle como proyecto político-pedagógico alternativo" gira en torno de esta preocupación por abrir espacios al interlocutor ausente.

"Un retrato todavía no muy nítido del convivio social de los niños, niñas y adolescentes que viven en la calle, nos reveló que la búsqueda del afecto perdido es una realidad en la que la desagregación familiar o la ausencia de referentes es común, genera agrupaciones no sólo para sobrevivir y subsistir, sino también para satisfacer las necesidades de relacionamiento humano en el intercambio de experiencias y conocimientos, y muy especialmente para la creación de lazos profundos de amistad."

(Ma. Stella Santos Graciani, asesora pedagógica del proyecto MOVA, SP).

Es a partir de esa realidad ya existente que los educadores se relacionan con los niños, se construye sobre los lazos creados por éstos.

"En la práctica esas ideas se concretizan en actividades que enfatizan y priorizan actitudes críticas y organizativas, generando propuestas alternativas de auto-gestión y co-gestión, en una línea asociativista y cooperativista; en esta perspectiva autogestionaria de la organización del trabajo, los niños y niñas de la calle son agentes de su propio proceso, crean sus propias normas de funcionamiento, modos de producir, y motivan a otros compañeros a participar en el grupo... Nace en esa nueva relación una nueva propuesta pedagógica: la pedagogía del trabajo vivido en las calles, concebida no como simple generadora de renta, sino como generadora de conciencia, capaz de crear con los niños, niñas y adolescentes un nuevo proyecto de vida" (Ibid).

Estas dos experiencias, como tantas otras desarrolladas hoy en nuestra América Latina, son reveladoras de una posibilidad: si existen entonces es posible abrir espacios de expresión a los niños. Es a partir de estas voces como comprobamos en la práctica el derecho a la participación, a la expresión, a discrepar, a ser escuchado, a la imaginación, a la alegría.

¿Por qué tantos siglos de silencio? ¿Por qué ese desconocimiento radical? ¿Por qué esa milenaria conspiración del silencio? ¿Por qué tanta resistencia a permitir la emergencia de la voz de seres que han conformado y conforman buena parte de cualquier sociedad?

Podría desencadenarse una multitud de respuestas a estas preguntas. Lo cierto es la continuidad del silencio, de la ignorancia, del atropello. Y los signos de los tiempos hablan a gritos de una profundización de esa percepción y de ese trato.

¿Qué hacer?

Nadie tiene todas las respuestas; lo que sigue son apenas sugerencias.

- ⇒ No es lícito trabajar con alguno de los derechos propuestos en la convención; se trata de tener presente a todos en cada proyecto con niños.
- ⇒ La clave de esos derechos está para nosotros en el de participación. No es casual el olvido del mismo en muchas propuestas. Pero sin el involucramiento del niño no será posible construir gran cosa en estos tiempos de franco deterioro de las condiciones de vida.
- ⇒ No hay educación sin expresión, no hay ser humano sin expresión. La negativa a la misma es la negativa a los más elementales procesos de humanización.
- ⇒ Es de terrible urgencia incorporar a los proyectos dedicados a la niñez la percepción de los niños. Si uno no dialoga con su interlocutor termina por imaginárselo. Todo adulto cree conocer a los niños, cuando la ausencia de diálogo, de relaciones, es atroz en nuestras sociedades.
- ⇒ Si estamos en el mundo para entreayudarnos y entreaprendernos, los sistemas educativos tienden a aislar, a individualizar en el peor sentido a los niños. La situación social de inmensas mayorías es demasiado grave como para desconocer las posibilidades del trabajo grupal, de las asociaciones. Todo esto permite un aprendizaje de la convivencia, vital para estos tiempos de indiferencia y de sálvese quien pueda.
- ⇒ Es imposible avanzar en un proceso con quien no se cree. El adulto desconfía radicalmente del niño, por eso le niega iniciativas, no escucha su palabra. Quien no cree en el niño no tiene lugar en ninguna organización dedicada a trabajar con él.
- ⇒ De la violencia y la represión no nace nada digno. Quien no es capaz de sentir a un niño, de amarlo, no tiene lugar en ninguna organización dedicada a trabajar con él.
- ⇒ Del pesimismo y la tristeza no nace nada digno. Quien no es capaz de participar de la alegría, de abrirle caminos, no tiene lugar en ninguna organización dedicada a trabajar con niños.

- ⇒ Permitir la emergencia de otro ser nunca ha sido sencillo en las relaciones entre seres humanos. Hay siempre en juego, un instinto de poder a menudo destructivo. Quien no supera ese instinto de poder no tiene lugar en ninguna organización dedicada a trabajar con niños.
- ⇒ El conocimiento de la niñez es un compromiso de todos y cada uno de los adultos y muy en especial de quienes trabajan en organizaciones de apoyo a la misma. No es posible seguir partiendo de estereotipos, de creer que sobre los niños todo lo sabe un mayor por el simple hecho de serlo.

Una situación vergonzosa.

Nietzsche escribió: vergüenza, vergüenza, vergüenza, ésa es la historia del hombre. La historia de la niñez es la historia del hombre llevada a sus más terribles consecuencias.

Por supuesto las palabras del filósofo van demasiado lejos. También la solidaridad, el amor, la entrega, la convivencia, son parte de la historia del hombre. Y todo ello se ha manifestado y se manifiesta en las relaciones con los niños.

No pretendo enjuiciar a nadie con aquellas palabras, pero los adultos no tenemos mucho de qué vanagloriarnos en esta coyuntura actual de nuestra América Latina. Lo poco que se ganó hace unos años se hizo añicos en la década pasada y la actual no anuncia precisamente maravillas.

La emergencia social es de tales dimensiones que no es posible desperdiciar una sola energía, una sola capacidad, para cambiar de alguna manera esta situación vergonzante. Es la capacidad y la energía de los niños la que nos abrirá alguna alternativa a tanto intento frustrado. Llevamos ya demasiado tiempo decidiendo por ellos, es hora de consultarlos, de hacerlos partícipes en esta tarea de construir sus propias vidas.

Daniel Prieto Castillo
1993